

reformamini
RENOVAOS
Crónicas I Rom 12, 1



SECRETARIADO GENERAL DE ESPIRITUALIDAD
AGUSTINOS RECOLETOS

MARZO DE 2015
**LA “NUBECILLA”
Y EL CARDENAL**



ÍNDICE

LA NUBECILLA Y EL CARDENAL

ESCRUTANDO NUESTROS TIEMPOS	4
La noticia del Cardenal	5
1. LA GLOBALIZACIÓN DE LA INDIFERENCIA	7
a) “Si un miembro sufre, todos sufren con él” (1Cor 12,26).....	8
b) “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9)	9
c) “Fortalezcan sus corazones” (St 5,8).....	10
2. EL ANTIDOTO, LA CARIDAD	11
3. MARGINACIÓN, COMPASIÓN, INTEGRACIÓN	15
CONCLUSIÓN: ORACIÓN	19
PARA LA REFLEXIÓN	20
ORACIÓN FINAL	21
Ubi charitas est vera, Deus ibi est	21
Donde hay caridad auténtica, allí está Dios	22



Para el uso privado

AGUSTINOS RECOLETOS
SECRETARIADO GENERAL DE ESPIRITUALIDAD

Mes de marzo de 2015

DONDE HAY CARIDAD AUTÉNTICA, ALLÍ ESTÁ DIOS

Donde hay caridad auténtica, allí está Dios.

El amor de Cristo nos ha congregado y unido.
Alegrémonos y deleitémonos en Él.
Temamos y amemos al Dios vivo.
Con sincero corazón amémonos unos a otros.

Donde hay caridad auténtica, allí está Dios.

Estando congregados y unidos,
cuidémonos de estar desunidos en espíritu.
Cesen las malignas rencillas, cesen los disgustos.
Y Cristo, nuestro Dios, reine entre nosotros.

Donde hay caridad auténtica, allí está Dios.

Ojalá junto con los bienaventurados
veamos también tu rostro en la gloria
¡oh Cristo, Dios nuestro!
Este será el gozo santo e inefable
por los siglos infinitos.

Amén.



**LA “NUBECILLA”
Y EL CARDENAL**



ESCRUTANDO NUESTROS TIEMPOS

Con vistas al Año de la Vida Consagrada, la Congregación de Religiosos nos invitaba a “escrutar” los tiempos y acontecimientos de nuestra vida, tanto en el pasado como en el presente. Somos, nos decía, como el criado del profeta Elías que inspeccionamos con atención el horizonte esperando que surja una nubecilla que anuncie el milagro de la lluvia, de la vida.

Se trata de mirar las cosas y los hechos con los ojos de la fe, que es tanto como situarnos en el punto de vista de Dios. Desde esta perspectiva, los acontecimientos son mucho más que sucesos aislados, reseñables en la prensa o en las crónicas de sociedad. Desde esta perspectiva, las cosas y los hechos tienen sentido, tienen una trayectoria: vienen de un punto y van hacia otro; tienen como fuente y causa la misericordia de Dios, y como objeto tienen el desarrollo de su Reino. Quien se sitúa en esta perspectiva es espectador -y también agente- en un universo nuevo sumamente complejo, como complejos son los planes providenciales de Dios.



ORACIÓN FINAL

Formalmente no es una oración. Sería un himno, más bien: un himno a la caridad. Un himno antiquísimo, que la liturgia reserva para el Jueves Santo al comienzo de la liturgia eucarística y en San Pedro se cantó para la comunión en la misa del día 15. El coro ejecutó una versión espectacular de la melodía gregoriana, aderezada con toques polifónicos de sabor medieval.

Después de escuchar la grabación, que adjuntamos, lo podemos recitar como cierre de nuestra reunión. Enuncia la realidad y la belleza del amor, y manifiesta la aspiración a que la presencia de Dios se haga verdad entre nosotros.

UBI CARITAS EST VERA, DEUS IBI EST

Ubi caritas est vera, Deus ibi est.

Congregavit nos in unum Christi amor.
Exsultemus, et in ipso jucundemur.
Timeamus, et amemus Deum vivum.
Et ex corde diligamus nos sincero.

Ubi caritas est vera, Deus ibi est.

Simul ergo, cum in unum congregamur,
Ne nos mente dividamur caveamus.
Cessent iurgia maligna, cessent lites.
Et in medio nostri sit Christus Deus.

Ubi caritas est vera, Deus ibi est.

Simul quoque cum beatis videamus
Glorianter vultum tuum, Christe Deus:
Gaudium quod est immensum, atque probum,
Saecula per infinita saeculorum.

Amen.

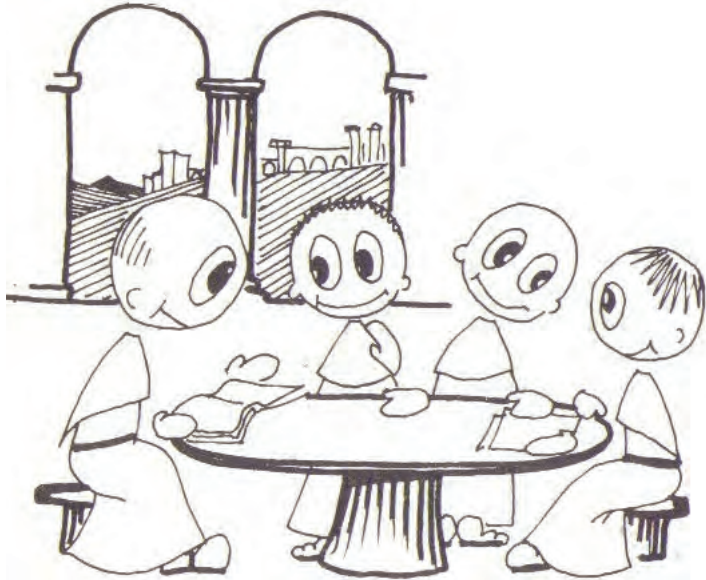
PARA LA REFLEXIÓN

1.— ¿Estás de acuerdo en que el nombramiento de nuestro primer cardenal tenemos que verlo también con mirada de fe, como una palabra que Dios nos dirige? ¿Qué nos está diciendo el Señor?

2.— ¿Participamos nosotros de esa “globalización de la indiferencia” de que habla el Papa? ¿Son nuestras comunidades “islas de misericordia” en medio de ese mar?

3.— ¿Sabes en qué consiste la iniciativa *24 horas para el Señor*? ¿Tendría cabida en nuestra organización comunitaria, los días 13 y 14 de marzo?

4.— ¿Sé yo hablar “el lenguaje del contacto”, que dice Francisco? ¿Hemos cedido a la “tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados”?



LA NOTICIA DEL CARDENAL

Si repasamos los titulares de prensa de los últimos meses, encontramos varias noticias especialmente significativas: con un significado por el que tenemos que preguntarnos a la luz de la fe. Por ejemplo, la crisis del ébola en Sierra Leona, que llevó a un grupo de hermanos a adoptar una postura que nace de la fe; o la promulgación del Proyecto de Vida y Misión de la Orden, que a todos nos obliga a examinar y replantear nuestra vida a la luz de la fe; o la misma edición de los escritos de la madre Mariana de San José -en la BAC Maior-, que son un reclamo a la pureza del carisma original.

La última y más importante noticia, sin duda, ha sido la elevación al cardenalato de monseñor José Luis Lacunza. Es la que tenemos más fresca también, dado que el consistorio se celebró el sábado 14 de febrero, y al día siguiente, 15, tuvo lugar la eucaristía del Papa con el Colegio cardenalicio.

Al decir que es la noticia más importante, no nos referimos sólo a lo que cuantitativamente es mensurable, sea porque a esas alturas de la jerarquía eclesial nunca había llegado un agustino recoleto, o porque esto es la primera vez que ocurre en los 427 años de existencia de la Recolectión. Más que eso, y más que la publicidad que recibe la Orden, o el lustre que ello da a nuestro hábito, o la rentabilidad que le podamos sacar en términos vocacionales. Más que todo ello, lo que importa es lo que el Señor nos quiere decir con esta “nubecilla” que de modo inesperado aparece en nuestro cielo.

Querriamos que el día de retiro de este mes de marzo lo dedicáramos todos a examinar este signo a la luz de la fe. La pregunta para todas nuestras comunidades, sería: en el contexto de revitalización en que nos encontramos, en mitad de la Cuaresma y en medio del Año de la Vida Consagrada, ¿qué nos dice el Señor a través de este acontecimiento tan singular, como es la elevación a la dignidad de cardenal de nuestro hermano monseñor José Luis Lacunza?

La pauta para nuestra reflexión nos la ofrece de nuevo el papa Francisco por medio de:

- su *mensaje para la Cuaresma* de este año;
- su *homilía* en el Consistorio del pasado 14 de febrero;
- la *homilía* en la Misa con los nuevos cardenales, el día 15.

De estos tres documentos, entresacamos los párrafos más sustanciosos o de mayor interés para nosotros.

Alguien podrá objetar que las palabras del Santo Padre no se dirigen en primera persona a nosotros. Y efectivamente es así: en los dos últimos documentos, el Papa habla directamente a los cardenales. Pero también está describiendo el camino de la Iglesia y, en definitiva, apuntando a lo que constituye el tuétano de la vida cristiana y de la vida religiosa. Y tendremos que examinarnos para ver si, en nuestra vida personal y en nuestras comunidades, ese tuétano o médula, está presente como elemento vitalizador.



CONCLUSIÓN: ORACIÓN

La oración es una de las constantes de la Cuaresma y de toda la vida cristiana. Lo sabemos. Pero el papa Francisco ha puesto de moda la oración de unos por otros, y de todos por él. No pierde ocasión de pedir oraciones a todo el mundo.

Parece que se lo ha contagiado a los cardenales; al menos a nuestro cardenal Lacunza, que no ha cesado de pedir oraciones. Lo decía con sencillez y desparpajo en uno de los brindis: “Yo necesito oraciones”. Y, en su paso fugaz por Madrid camino de Panamá, no dejó de visitar a nuestras hermanas contemplativas para solicitar su oración.

Quién sabe si lo que el Señor nos está pidiendo es hacer nosotros menos planes y elucubraciones y recurrir a Él con más insistencia.



Llegado a este punto, Francisco hace ya la aplicación expresa a la caridad y se dirige a los cardenales, los viejos y los nuevos. Más al fondo, entre los fieles a los que también atañe el mensaje, estamos todos nosotros.

«En consecuencia: la caridad no puede ser neutra, aséptica, indiferente, tibia o imparcial. La caridad contagia, apasiona, arriesga y compromete. Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita (cf. 1Cor 13). La caridad es creativa en la búsqueda del lenguaje adecuado para comunicar con aquellos que son considerados incurables y, por lo tanto, intocables. Encontrar el lenguaje justo... El contacto es el auténtico lenguaje que transmite, fue el lenguaje afectivo, el que proporcionó la curación al leproso. ¡Cuántas curaciones podemos realizar y transmitir aprendiendo este lenguaje del contacto!

Queridos nuevos Cardenales: ésta es la lógica de Jesús, éste es el camino de la Iglesia: no sólo acoger y integrar, con valor evangélico, a aquellos que llaman a la puerta; sino salir, ir a buscar, sin prejuicios y sin miedos, a los lejanos, manifestándoles gratuitamente aquello que también nosotros hemos recibido gratuitamente. ¡La disponibilidad total para servir a los demás es nuestro signo distintivo, es nuestro único título de honor!

Queridos hermanos nuevos Cardenales: mirando a Jesús y a nuestra Madre, os exhorto a servir a la Iglesia en modo tal que los cristianos -edificados por nuestro testimonio- no tengan la tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados, aislándose en una casta que nada tiene de auténticamente eclesial. Os invito a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, por el motivo que sea; a ver al Señor en cada persona excluida que tiene hambre, que tiene sed, que está desnuda; al Señor que está presente también en aquellos que han perdido la fe, o que, alejados, no viven la propia fe, o que se declaran ateos; al Señor que está en la cárcel, que está enfermo, que no tiene trabajo, que es perseguido; al Señor que está en el leproso -de cuerpo o de alma-, que está discriminado. No descubrimos al Señor si no acogemos auténticamente al marginado».

1. LA GLOBALIZACIÓN DE LA INDIFERENCIA

No es la primera vez que Francisco denuncia este mal en nuestro mundo. Pero, en el mensaje para la cuaresma de este año, lo presenta como una categoría teológica, y analiza tanto sus causas como sus remedios. La globalización de la indiferencia es, en palabras del Papa, “uno de los desafíos más urgentes” hoy y “una tentación real también para los cristianos”.

Es el movimiento contrario al amor de Dios, que intenta contrarrestar. Francisco lo explica con una imagen muy gráfica, la de la puerta abierta y la mano que la sujeta:

«En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida».

Y basa su reflexión en tres textos de la Sagrada Escritura, uno para uno de los niveles: la Iglesia universal, las parroquias y comunidades y la persona creyente como tal.



A) “SI UN MIEMBRO SUFRE, TODOS SUFREN CON ÉL”
(1COR 12,26)

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, y entre los miembros de un cuerpo no cabe la indiferencia: si uno sufre, sufren todos. “Quien es de Cristo pertenece a un solo cuerpo y en Él no se es indiferente hacia los demás”. “El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres”.



Son dos lógicas de pensamiento y de fe: el miedo de perder a los salvados y el deseo de salvar a los perdidos. Hoy también nos encontramos en la encrucijada de estas dos lógicas: a veces, la de los doctores de la ley, o sea, alejarse del peligro apartándose de la persona contagiada; y la lógica de Dios que, con su misericordia, abraza y acoge reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio. Estas dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: *marginar* y *reintegrar*. El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración. Esto no quiere decir menospreciar los peligros o hacer entrar los lobos en el rebaño, sino acoger al hijo pródigo arrepentido; sanar con determinación y valor las heridas del pecado; actuar decididamente y no quedarse mirando de forma pasiva el sufrimiento del mundo.

El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero.

El camino de la Iglesia es precisamente el de salir del propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las “periferias” esenciales de la existencia; es el de adoptar integralmente la lógica de Dios; el de seguir al Maestro que dice: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Lc 5,31-32)».

«Éstos son los tres conceptos clave que la Iglesia nos propone hoy en la liturgia de la palabra: la *compasión* de Jesús ante la *marginación* y su voluntad de *integración*.

Marginación: Moisés, tratando jurídicamente la cuestión de los leprosos, pide que sean alejados y marginados por la comunidad, mientras dure su mal, y los declara: “Impuros” (cf. *Lv* 13,1-2. 45.46). Imaginad cuánto sufrimiento y cuánta vergüenza debía de sentir un leproso: físicamente, socialmente, psicológicamente y espiritualmente. No es sólo víctima de una enfermedad, sino que también se siente culpable, castigado por sus pecados. Es un muerto viviente, como “si su padre le hubiera escupido en la cara” (*Nm* 12,14).

Integración: Jesús revoluciona y sacude fuertemente aquella mentalidad cerrada por el miedo y recluida en los prejuicios. Jesús, nuevo Moisés, ha querido curar al leproso, ha querido tocar, ha querido reintegrar en la comunidad, sin *autolimitarse* por los prejuicios; sin adecuarse a la mentalidad dominante de la gente; sin preocuparse para nada del contagio. Jesús responde a la súplica del leproso sin dilación y sin los consabidos aplazamientos para estudiar la situación y todas sus eventuales consecuencias. Para Jesús lo que cuenta, sobre todo, es alcanzar y salvar a los lejanos, curar las heridas de los enfermos, reintegrar a todos en la familia de Dios.



B) “¿DÓNDE ESTÁ TU HERMANO?” (*GN* 4,9)

Comienza el Papa este apartado con toda una batería de preguntas dirigidas también a nuestras comunidades agustino-recoletas:

«Lo que hemos dicho para la Iglesia universal es necesario traducirlo en la vida de las parroquias y comunidades. En estas realidades eclesiales ¿se tiene la experiencia de que formamos parte de un solo cuerpo? ¿Un cuerpo que recibe y comparte lo que Dios quiere donar? ¿Un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, y se hace cargo de ellos? ¿O nos refugiamos en un amor universal que se compromete con los que están lejos en el mundo, pero olvida al Lázaro sentado delante de su propia puerta cerrada? (cf. *Lc* 16,19-31)».

Y a continuación nos invita a salir de nosotros mismos, superando los confines de la Iglesia visible en dos direcciones: hacia el cielo y hacia nuestros hermanos de la tierra.

«En primer lugar, uniéndonos a la Iglesia del cielo en la oración. Junto con los santos, formamos parte de la comunión en la cual el amor vence la indiferencia. Los santos vencieron definitivamente la indiferencia, la dureza de corazón y el odio. Hasta que esta victoria del amor no inunde todo el mundo, los santos caminan con nosotros, todavía peregrinos».

«Por otra parte, toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y los alejados. La Iglesia por naturaleza es misionera, no debe quedarse replegada en sí misma».

Y cierra el Papa este segundo apartado formulando otro de sus sueños, que ojalá fuera de todos nosotros:

«Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia».

C) “FORTALEZCAN SUS CORAZONES”

(St 5,8)

«También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?».

Francisco indica tres remedios contra la plaga de la indiferencia. El primero es “orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial”, y recomienda la iniciativa *24 horas para el Señor*, los días 13 y 14 de marzo. El segundo es tener algún gesto de caridad, que pide se concrete esta cuaresma en algún signo, aunque sea pequeño.

El tercero, más que un remedio es una lección:

«un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos. Así podremos resistir a la tentación diabólica que nos hace creer que nosotros solos podemos salvar al mundo y a nosotros mismos».



3. MARGINACIÓN, COMPASIÓN, INTEGRACIÓN

Según la agenda, el domingo 15 de febrero el Papa concelebraba en San Pedro una solemne eucaristía con todo el Colegio cardenalicio, con los neocardenales en lugar preferente. No hubo lecturas especiales, sino las correspondientes al día, VIº domingo del tiempo ordinario, ciclo B. El evangelio contaba la curación de un leproso, según *Mc 1,40-45*. Al Papa le vino como anillo al dedo para seguir inculcando la necesidad absoluta de la caridad para deshacer el hielo de la indiferencia. Las expresiones cambian, al hilo del relato evangélico, pero el mensaje es el mismo.



todo un programa de vida espiritual y pastoral. El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, nos permite vivir así, ser así: personas capaces de perdonar siempre; de dar siempre confianza, porque estamos llenos de fe en Dios; capaces de infundir siempre esperanza, porque estamos llenos de esperanza en Dios; personas que saben soportar con paciencia toda situación y a todo hermano y hermana, en unión con Jesús, que llevó con amor el peso de todos nuestros pecados».



2. EL ANTÍDOTO, LA CARIDAD

“El cardenalato ciertamente es una dignidad, pero no una distinción honorífica”. Así, *ex abrupto* y dirigiéndose a los cardenales, entre los cuales estaba nuestro hermano Lacunza, comenzaba su homilía el papa Francisco. Y enseguida daba la razón: “En la Iglesia, toda presidencia proviene de la caridad, se desarrolla en la caridad y tiene como fin la caridad”. Por eso había elegido como lectura bíblica de la celebración parte del llamado “himno a la caridad” (*1Cor 13,4-7*).

«Será bueno que todos, yo en primer lugar y vosotros conmigo, nos dejemos guiar por las palabras inspiradas del apóstol Pablo, en particular aquellas con las que describe las características de la caridad.

En primer lugar, san Pablo nos dice que la caridad es “magnánima” y “benevolente”. La magnanimidad es, en cierto sentido, sinónimo de catolicidad: es saber amar sin límites, pero al mismo tiempo con fidelidad a las situaciones particulares y con gestos concretos. Amar lo que es grande, sin descuidar lo que es pequeño; amar las cosas pequeñas en el horizonte de las grandes. Saber amar con gestos de bondad. La benevolencia es la



intención firme y constante de querer el bien, siempre y para todos, incluso para los que no nos aman.

A continuación, el Apóstol dice que la caridad «no tiene envidia; no presume; no se engríe». Esto es realmente un milagro de la caridad, porque los seres humanos -todos, y en todas las etapas de la vida- tendemos a la envidia y al orgullo, a causa de nuestra naturaleza herida por el pecado.

Además, la caridad «no es mal educada ni egoísta». Estos dos rasgos revelan que quien vive en la caridad está des-centrado de sí mismo. El que está auto-centrado carece de respeto, y muchas veces ni siquiera lo advierte, porque el «respeto» es la capacidad de tener en cuenta al otro, su dignidad, su condición, sus necesidades. El que está auto-centrado busca inevitablemente su propio interés, y cree que esto es normal, casi un deber. Este «interés» puede estar

cubierto de nobles apariencias, pero en el fondo se trata siempre de «interés personal». En cambio, la caridad te des-centra y te pone en el verdadero centro, que es sólo Cristo. Entonces sí, serás una persona respetuosa y preocupada por el bien de los demás.

La caridad, dice Pablo, “no se irrita; no lleva cuentas del mal”. Al pastor que vive en contacto con la gente, no le faltan ocasiones



para enojarse. Y tal vez entre nosotros, hermanos sacerdotes, que tenemos menos disculpa, el peligro de enojarnos sea mayor. También de esto es la caridad, y sólo ella, la que nos libra. Nos libra del peligro de reaccionar impulsivamente, de decir y hacer cosas que no están bien; y sobre todo nos libra del peligro mortal de la ira acumulada, “alimentada” dentro de ti, que te hace llevar cuentas del mal recibido. No. Esto no es aceptable en un hombre de Iglesia. Aunque es posible entender un enfado momentáneo que pasa rápido, no así el rencor. Que Dios nos proteja y libre de ello.

La caridad, añade el Apóstol, «no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad». El que está llamado al servicio de gobierno en la Iglesia, debe tener un fuerte sentido de la justicia, de modo que no acepte ninguna injusticia, ni siquiera la que

podría ser beneficiosa para él o para la Iglesia. Al mismo tiempo, “goza con la verdad”: ¡Qué hermosa es esta expresión! El hombre de Dios es aquel que está fascinado por la verdad y la encuentra plenamente en la Palabra y en la Carne de Jesucristo. Él es la fuente inagotable de nuestra alegría.

Por último, la caridad “disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites”. Aquí hay, en cuatro palabras,